

los abismos de su corazón. Yo mismo no sé hacia dónde cogió camino entre los innumerables de la sabana, pero del trato y comunicación con su monstruosa alma me quedó a mí, indudablemente, el deseo de encontrarle a nuestras desventuras madre generosa, aun dentro de ese tipo de mujer en quien lo femenino no es todo suavidad y dulzura y así lo demuestran mis Luisana Alcorta y Remota Montiel, de mis novelas *Pobre Negro* y *Sobre la misma tierra*, respectivamente.

Pero antes de referirme a la primera, debo hacer breve mención de la infeliz Ana Julia, con quien comienza el drama. Aquí sí nadie puede librarme de las especulaciones freudianas, porque con el auxilio de ellas le construí complejo y le tormenté la vida. Soy, pues, el único responsable de aquellas misteriosas lanzadas que le atravesaban el pecho y de aquel temerario abandono de su doncellez a los genios maléficos de la noche de San Juan, con tambores africanos en la tierra barloventefia. Confieso que me conduje como divinidad inexorable que pidiera inmolación de doncella blanca a la exigente voluntad del mestizaje venezolano; más lo hice como para aplacar las cóleras de la tremenda guerra niveladora que ya estaba en las puertas de la historia de Venezuela. Pero de la infeliz Ana Julia sólo quiero decirle a ustedes, para que le tengan piedad, que no fue responsable de su absurdo abandono.

Luisana Alcorta, su sobrina, tras la preocupación de redimirla de la total deshonra y de recoger su obra para buen empleo y viene ya con algunas complicaciones psicológicas, porque desgraciadamente, según parece, de espíritus absolutamente normales —o lo que por esto se entiende— no salen nunca ánimos de empresas extraordinarias. Comienza por ser insufrible en sí misma, dentro de la vida ordinaria de su casa, pero imprescindible cuando allí ocurre contratiempo o sobreviene infortunio. Es la sal de la casa, buena para condimentar sinsabores, pero que nadie le pida complacencias de paladar si se le ocurre ir a pellizcarla cuando es ella sola, dentro del salero.

Pero sobreviene el infortunio, regresa el hermano de las esperanzas de la familia y trae en su sangre enfermedad incurable que exige aislamiento.

Ya tiene la sal de la casa empleo para toda una vida y yo le he encontrado una madre abnegada a la gran desventura de Cecilio el Joven.

Pero también ya está encendida la guerra y de ella va sacando alma tremenda Pedro Miguel Candelas, el hijo de la inmolada Ana Julia. Llega a la cabeza de su montonera incendiaria a la hacienda de los

Alcortas, de quienes sus antepasados fueron esclavos. Viene a cobrar humillaciones, pero Luisana sabe que trae, entre los estragos de la violencia en el corazón, amor a ella y le desarma el apetito vengativo, saliéndole al encuentro y diciéndole:

— Vienes por mí y ya me tendrás, cuando acabe de cumplir mi deber al lado de Cecilio moribundo.

Y Pedro Miguel Candelas abandona la montonera incendiaria.

Y ahora: Remota Montiel.

No es necesario aguzar demasiado el ánimo de crítica para descubrir que es parienta cercana de Doña Bárbara. Como su prima hermana la presento ante ustedes, hija del espíritu aventurero, hermano carnal de la violencia en quien fue engendrada la mujerona de El Miedo. Un tirador de faros a la oscuridad de todas las vueltas del rumbo, aquel Demetrio Montiel de los Montieles, despilfarrador de energías; una hechura de sensualidad gozosa la madre, aventurera también.

Todo parecía indicar que Remota iba disparada hacia el despilfarro de sí misma; pero salió quitada de ganas de amores fugaces, con un poco de salvadora sequedad dentro del corazón y su necesidad de ternura maternal buscó más dilatado empleo. No quería pertenecerle a un hombre, pero si de alguno se hubiese resuelto a tomar hijo, no habría sido para devorarlo, como su parienta doña Bárbara, sino, antes bien, para reconstruirlo a él mismo en el hijo que le tomase, destinado a consumir la obra grande que a ella le relampagueaba en la mente, como el Faro del Catatumbo en la noche zuliana. Un curioso fenómeno consistente en un relámpago que constantemente se produce, con brevísimas intermitencias, sobre la región de selvas vírgenes por donde corre el río Catatumbo.

Pero Remota tuvo, además, la fortuna de poder hacer comparaciones vividas entre lo propio y triste de su Goajira natal y lo ajeno, poderoso y gozoso, y a lo suyo volvió con propósito de serle útil. Sólo que el libro termina —no es muy difícil comprenderlo— cuando, tirando faros el misterioso relámpago del Catatumbo sobre los emporios de la estupenda suerte ajena del petróleo de nuestro subsuelo, viene Remota, con indios de su raza rescatados de esclavitud, navegando río abajo, hacia la obra posible y urgente que la espera en su Goajira natal, asiento del descuidado infortunio propio, sobre la misma tierra.

He aquí, pues, señoras y señoritas que me habéis hecho el honor de prestarme atención, las hijas mayores de la porción femenina de mi progenie literaria, por cuyos actos, palabras y pensamientos he de res-

ponder ante los jueces del mundo de las letras. No aspiro a que me hayan salido criaturas perfectas que puedan ser elevadas a la categoría de paradigmas y si por algo de ellas abogo un poco, es por la espantosa maldad de aquella a la cual le debo mi fortuna literaria.

— Si desde un principio yo me hubiera encontrado en la vida con hombres como usted, doctor Luzardo, otra habría sido mi historia.

Dijo ella un día y a mí tiene que quedarme el remordimiento de no haberle procurado a buen tiempo esos encuentros. En cuanto a las demás mujeres del mundo de mis ficciones, no temo que se pueda decir que deliberadamente las hice para ponerlas a hacer o decir tontes reveladoras de alma insustancial, ni tampoco para dedicárselas por completo al amor común y corriente, al cual ya tantas páginas les han consagrado las letras universales; sino que ha sido visible mi intención, por lo menos, de destinarlas a dedicaciones generosas y de encaminarlas a grandes empresas, porque considero que no hay ninguna de la cual el espíritu humano pueda derivar completo provecho si sólo es tarea exigente de energía varonil que pueda llevarse a cabo sin aplicación de bondad y ternura, hermosas posibilidades del alma femenina.

Pero no quiero concluir sin solicitar vuestra benevolencia, por la mano que se me haya ido demasiado en la acentuación de los rasgos hombrunos con que a algunas de mis mujeres literarias les he matizado el alma genuina. En todo caso, los prometo que nunca más alteraré el encanto de la pura mujer sobre la tierra*.

* *La Sociedad Lyceum y Lawn Tennis Club se fundó en La Habana el primero de diciembre de 1928. Entre sus fundadoras se encontraban Berta Arocena y Renée Méndez Capote, provenientes de las altas esferas de la sociedad cubana, la última de familia de patriotas y escritora. Su propósito era integrar a la mujer a las corrientes literarias, artísticas, políticas y deportivas del momento. La Sociedad fomentó actividades culturales muy diversas, pero se le conoció sobre todo por las conferencias que auspiciaban, que se pronunciaban en su propio plantel. Por el Lyceum desfilaron la mayoría de las personalidades intelectuales, artísticas y políticas que pasaron por La Habana: Karl Vossler, Juan Ramón Jiménez, José Ferrater, Gabriela Mistral, María Zambrano, Max Henríquez Ureña, Eva Fréjaville, Amanda Labarca y muchas más.*

También, por supuesto, personalidades cubanas tales como Jorge Mañach, Juan J. Remus, Eugenio Florida, Emilio Ballagas, José Lezama Lima, etc. En febrero de 1936 empezó a aparecer la revista Lyceum, órgano de la institución, dirigida por Camila Henríquez Ureña y Uldarica Mañas, que se publicó hasta 1961. Llegada de Revolución de 1959, tanto la Sociedad Lyceum como su revista desaparecieron.

Esta fue la institución que invitó a Rómulo Gallegos a dar la conferencia que precede, atendiéndose a su costumbre de aprovechar la presencia de una personalidad relevante de las letras en La Habana, y que publicó su texto en la revista Lyceum. El carácter de sociedad de mujeres del Lyceum sin duda influyó en la elección del tema de conferencia.

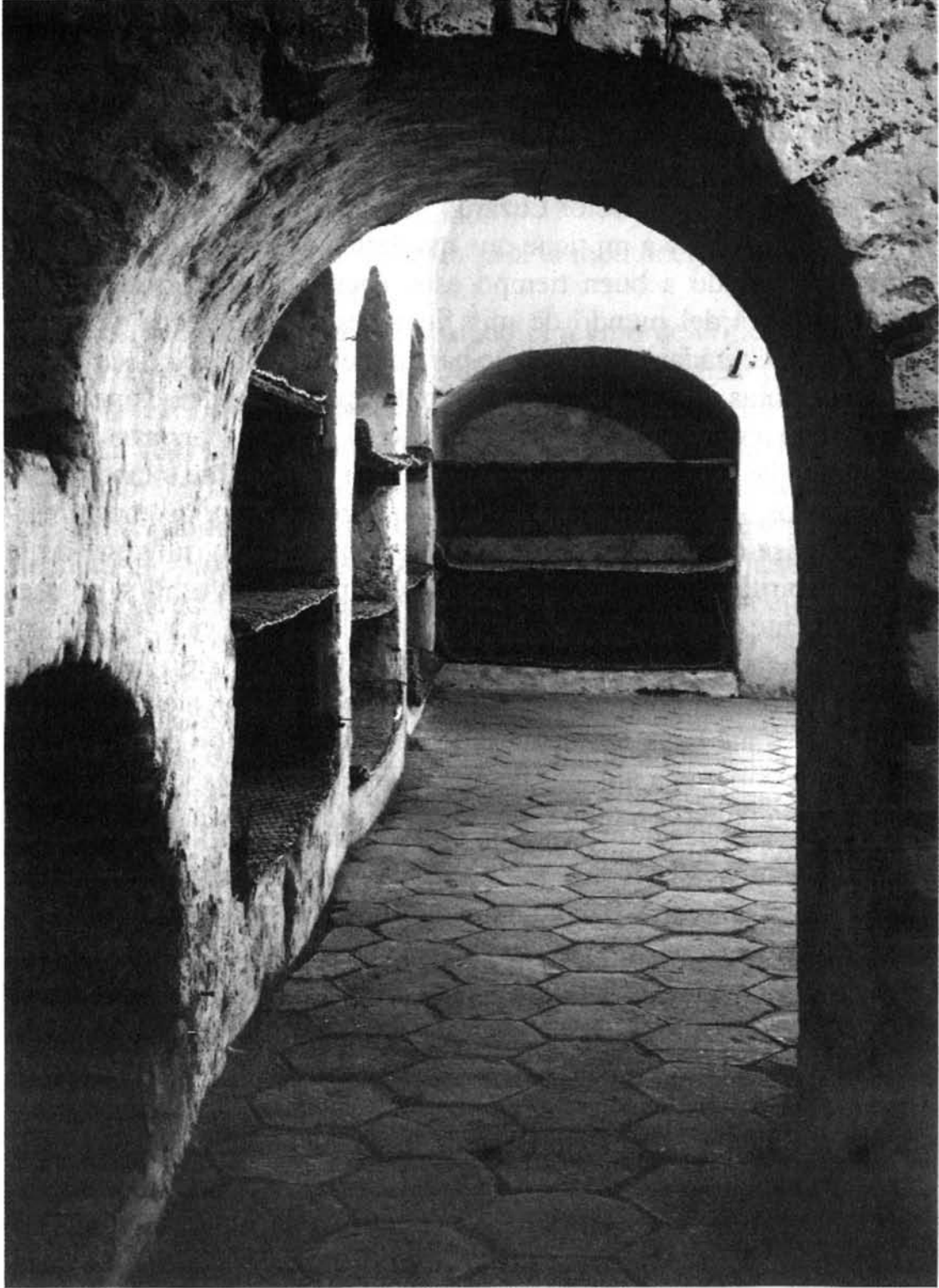


Foto Bodo Wuth. Quito